

más desgarrada expresión: "La soledad ha derivado en ensimismamiento total"; la tristeza "se convierte en una angustia que se come por dentro al poeta mientras la soledad lo devora por fuera"; por último, el dolor "corretea como fiera". Todo ello porque la vida ha llegado a descubrir su esencia perecedera: la muerte como presencia ínsita en la propia vida. Y "el tiempo es la guadaña de la muerte que va segando la vida".

Después, por supuesto, los acontecimientos políticos y sociales, especialmente la guerra civil española, arrastran a los poetas hacia la dura realidad de la injusticia y su agresividad. Naturalmente Neruda se "convierte", como muchos otros, y ello nada tiene que ver, afirma Alazraki, con el comunismo, pues el poeta habría reaccionado subjetivamente y no impulsado por ideas ni mucho menos las marxistas. También Darío habría sufrido la misma "conversión", cuando presentía la amenaza de los bárbaros.

Y "finalmente, sus *Odas elementales* son el fruto sazonado de un prolongado esfuerzo de Neruda por alcanzar la sencillez en su lenguaje poético".

Una lectura agradable que, si no se puede recomendar por la novedad de sus juicios, no producirá cólera entre los lectores asiduos de Neruda. Podrá vivirse por algunas horas un momento de llaneza en la contemplación de la poesía, y la ágil presentación producirá la misma sensación que esas tenues y persistentes lluvias de otoño, lo que no es poco decir.

JAIME GIORDANO.

<https://doi.org/10.29393/At413-91ILMC10091>

*Introducción a la literatura argentina*, de GUILLERMO ARA. Buenos Aires: Editorial Columba, Colección "Esquemas", 67, 1966.

Libros de tan agudos enfoques sobre las literaturas de los países americanos son escasos. Si al especialista no le faltan los que abarcan panoramas de amplia perspectiva, como el excelente de Anderson Imbert, o los estudios de caracteres generales, como los ensayos de Guillermo de Torre y Uslar Pietri, los volúmenes que signifiquen un aporte original —ya sea por sus novedosos puntos de vista o por la problematización de cuestiones que parecían definitivamente resueltas—, siguen siendo poco comunes. Abundan los farragosos catálogos de nombres y títulos: no sucede lo mismo con los estudios que, con acierto, busquen grandes unidades lineales. Se hace sumamente problemático mantener un nivel crítico que soslaye la mera enumeración bibliográfica en orden cronológico.

Este ensayo del catedrático de la Universidad de Buenos Aires —Director del Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras—, logra ser una presentación sintética y justa del desarrollo de la literatura de su país. El contacto sostenido del especialista con los libros y autores, le permiten formular enjuiciamientos siempre certeros, frutos de la fidelidad investigadora y de la agudeza intuitiva. Ofrece en esta *Introducción* el

panorama global y propone toda una trayectoria, en muy ágil esquema, atendiendo con particular preocupación a aquellos puntos relevantes y de *mayor potencial prospectivo* del desarrollo intelectual argentino.

El libro del profesor Ara está estructurado en cuatro capítulos, cada uno de los cuales corresponde a un diverso punto de observación crítica de las constantes literarias que estudia. Busca en ellas el sentido que las sustenta, y las describe e interpreta en sus proyecciones diacrónicas.

A la limpidez expositiva del autor, se une el mérito de la cohesión orgánica que logró dar a sus enfoques. Perfectamente trabadas las categorías estéticas que utiliza, todos los ángulos de estudio abarcan consideraciones sobre lenguaje, ideas, medios geográficos y étnicos y realidad social enmarcadora del quehacer literario.

El primer capítulo adopta como perspectiva de análisis de la literatura argentina, "la incorporación de la realidad". En este estudio pospone tres géneros: la lírica, los escritos autobiográficos y los que revelaron el mundo aborigen. Sin embargo, no deja de presentar en rápidas notas algunas obras confesionales importantes como los *Recuerdos de Provincia*, de Sarmiento, y *Juvenilia*, de Miguel Cané. Tampoco puede dejar de lado, entre los libros que mostraron la realidad indígena en páginas de indudable valor literario, el de Lucio V. Mansilla *Una Excursión a los Indios Ranqueles*. A la poesía la enfocará desde perspectiva diversa más adelante.

En lo que constituye el cuerpo mayor del capítulo, va estudiando "la acomodación expresiva a la realidad circundante", desde las obras de Echeverría hasta las recientes de Sábato y Cortázar. Consideraciones sobre el "juego pavoroso de lo brutal y lo angélico" en el autor de *El Matadero* y en Marechal; los primeros balbuceos de una poesía orientada hacia el plano rural pampeano y el ciclo histórico del mester de gauchería; las primeras "vicisitudes del vivir urbano" que se insinúan en los días de Hernández y que en época del naturalismo sondearán el alma humana (Cambaceres, Argerich, Sicardi); los sainetes de Fray Mocho y la observación sagaz de la nueva realidad de principios de siglo en Florencio Sánchez, quien incorporará a sus obras la totalidad de factores, tanto telúricos como de relación humana; la novelística de rasgos psicológicos de Lynch y la incorporación de una emblemática en Güiraldes; problemática rural en Payró; conflictos de vida urbana —desconcierto popular, desarraigo, angustia, insatisfacción en Arlt y Discépolo. En este capítulo dedicará preferente atención, como era de esperar, a los febriles interrogantes por el ser argentino de Martínez Estrada, Mallea, Guglielmini, "apoyados en los avances filosóficos de Husserl, Simmel, Scheler y Heidegger". Menciona luego las novelas-ensayos de Gálvez y Mallea y el *Adán Buenosayres*, de Marechal, finalizando con las obras de Cortázar y Sábato.

Pasa a estudiar en el capítulo siguiente "algunos tópicos de intención definitoria": americanismo, nacionalismo, regionalismo, por un lado, y cosmopolitismo, universalismo y evasión hacia lo exótico y lo cósmico, por otro. Nuevamente para exponer su materia parte de una base cronológica:

logra así proporcionar la visión histórica que hace de su estudio, no un cúmulo de notas aisladas sobre cada libro fundamental, sino una trabada presentación sistemática de un proceso dinámico, de la cual se desprende, sin mayor esfuerzo, la *realidad* de la literatura argentina.

Los primeros tópicos considerados —americanismo, nacionalismo, regionalismo— los estudia el investigador desde la obra meramente descriptiva de Martín del Barco Centenera y su gradual desarrollo en el neoclasicismo (carente de propósito *nativista*) y las generaciones románticas. Los hombres del 37 propiciarán el culto de una temática y escena propias. Destaca el profesor Ara la paulatina afirmación de una conciencia histórica y geopolítica de la realidad argentina que significan obras como el *Facundo* y *El Matadero*. La posterior generación del 80 cultivará una literatura que va desde una poesía *dialectal* gauchesca hasta la descriptiva de todo el país. La preceptiva de este grupo será expuesta detenidamente por el riojano Joaquín V. González en *La Tradición Nacional*, y alcanza expresión lograda en *Mis Montañas*. Individualidad valiosa es Rafael Obligado, que se afirma “en el cultivo de lo histórico, el folklore y lo mítico pampeano”. En el terreno de la crítica, los nombres de Martiniano Leguizamón y Ricardo Rojas.

Después de esbozar el panorama de tendencias nacionalistas el autor se refiere a otros tópicos que le son —aparentemente— sus opuestos: los del *cosmopolitismo*. Apoyándose en un excelente ensayo de Canales Feijoo sobre “el espíritu de tradición” y “el espíritu simplemente conservador”, al historiar sintéticamente el problema de los préstamos y las influencias foráneas, establece inteligentes distinciones que dan una luz muy nítida para la interpretación del “europeísmo” del 37 y el “desarraigo” del 80. Estudia las interrelaciones con lo europeo en ambas generaciones y luego en el modernismo. Destacamos las certeras notas que escribe sobre Lugones, síntesis de la visión más amplia que nos ha proporcionado el mismo Ara en anterior trabajo suyo sobre el autor de *Lunario Sentimental*. En las siguientes líneas del capítulo se refiere a Güiraldes —también estudiado detenidamente en ensayo anterior. Concluye Ara: “con Güiraldes la función territorialidad-universalismo se matiza con lineamientos particulares”: atiende a una polaridad de actitudes que ejemplifican *Cuentos de Muerte y de Sangre* (“en los cuales el argentino actual puede aún reconocer el espíritu de su andadura idiomática”) y *El Cencerro de Cristal* (“que permite vislumbrar al Güiraldes cosmopolita y mundano, curioso de horizontes y bien familiarizado con la postura del intelectual francés de su tiempo y con los poetas franceses más queridos”).

Del mismo Güiraldes la generación martínfierrista de 1920, que lo va a reconocer como a su maestro, obtendrá su concepción del cosmopolitismo, considerado en una dirección metafísica y cósmica que lo supera.

Desde este punto de observación crítica, era insoslayable el estudio de Borges. Del mayor interés resulta conocer la posición del profesor de la U. bonaerense sobre la supuesta ‘ajenidad’ de Borges a la realidad viva y actual de su patria: “lo cierto es que esta realidad (...) alcanza su propio

y original modo de manifestarse", sostiene Ara. Copiamos *in extenso* el siguiente juicio suyo (sírvanos además como ejemplo de la notable capacidad de síntesis que hemos destacado como una de las virtudes del libro): "La erudición real o ficticia, la confusión o interrelación de los más diversos planos espaciales y temporales, la destrucción que padecen en él los objetos por la pluralidad de ángulos de observación, la interferencia de lo real y lo fantástico, del sueño y la realidad, hacen de la 'evasión' borgiana algo muy particular, algo en lo que juegan determinantes culturales, apetencias filosóficas, inclinaciones y repugnancias, singularidades de conformación mental y sensible, indudablemente puestas al servicio de un ideal literario despreocupado de toda directa referencia circunstancial". Se refiere luego al *esteticismo mental, lúdrico*, de Borges, "enamorado del enigma y el discreto cabalístico, todo lo cual se suma en la destreza, precisión y originalidad de su estilo".

Con el autor del *Aleph* concluye Ara sus consideraciones sobre el cosmopolitismo argentino, tema muy discutido y al que enjuicia certeramente: destaca cómo el entusiasmo por las formas culturales europeas valen —en cualquier autor—, en la medida que signifiquen "fidelidad a la tradición, a sí mismo, al país". La erudición que despliega el escritor hispanoamericano actual en sus obras no obedece a un mero afán exhibicionista, sino que tiene una esencial funcionalidad estética.

De acuerdo con lo que se ha propuesto el catedrático argentino, sus observaciones proporcionan al estudioso una clara idea "de las mutaciones operadas en el pensamiento nacional y los matices que la relación (del escritor con la cultura europea) muestra según el transcurso histórico, las escuelas literarias, las posiciones críticas frente al idioma y desde luego las aptitudes de cada escritor para ir creándose un estilo y un modo propio de observarse a sí mismo y al mundo al que pertenece".

En el tercero de los capítulos de su "Introducción" ofrece Guillermo Ara nuevos puntos de observación crítica: "el país como sentimiento de orgullo o de humillación", "los planos de la conformidad y la rebeldía", "humanismo y provincianismo", y un sucinto análisis del teatro argentino presentado como "conflicto de autoridad y libertad". Situado en el primer ángulo de estudio, revisa las raíces del *orgullo de patria* y del *menoscabo pesimista*, explicando así "las posiciones pendulares con que uno y otro sentimiento se han repartido la participación activa del argentino en los problemas del país".

En el enfoque siguiente presenta al lector el fenómeno de la receptividad pasiva frente al empuje renovador y disconformista en las diversas formas que asume en el desarrollo histórico argentino. En la brevedad de esta nota sólo podemos resaltar las líneas dedicadas a la rebeldía gaucha y a la consideración de la obra de Roberto Arlt ("sus personajes —dice Ara— representan la transferencia al plano literario de una impetuosidad crecida entre el escepticismo y la ansiedad metafísica, entre el obrar solidario y la voluntad de catastrófico aniquilamiento"). El hecho de que llegue

sólo hasta Mallea en sus consideraciones realizadas desde esta perspectiva, nos hace lamentar el exigente esquematismo de su propósito: nos deja insatisfechos en nuestros deseos de conocer su personal valoración de las obras de Murena, Franco, etc.

El último de los capítulos está dedicado a reseñar —siempre en apuntes rápidos y certeros—, una constante lírica de la literatura argentina: la pampa como su determinante telúrica. “Desde temprano —se sostiene— la llanura aparece con substanciada con el hombre argentino hasta crearle un estilo del vivir interior, una modalidad espiritual”.

Es justo volver a destacar el caudaloso material con que ha trabajado Guillermo Ara. Su revisión es —como lo hemos señalado— muy completa y, podemos afirmar sin temor a errar, que están todos los que son y valen en la literatura argentina.

Que es un ensayo interpretativo y no un estudio exhaustivo, queda dicho por el propio autor en estas palabras: “Esta introducción no se propone agotar el repertorio de nombres, obras y fechas. Prefiere, además, utilizar la ubicación temporal con mesura en beneficio de una diversidad de aproximaciones que tal vez resulte —es nuestra esperanza— más suscitadora y elocuente”.

Ara ha logrado manejar con destreza la indudable erudición que posee, teniendo siempre como criterio operante el de la síntesis que concentra lo cuantitativo en pro de una presentación sugerente y vital de contenidos importantes, planteados con un sello prevalescentemente original. La síntesis tiene el don de no ser desfiguradora; el estilo, el de la limpidez y agilidad.

MARCELO CODDOU P.

*Patio de letras*, de ALBERTO ESCOBAR. Lima: Ediciones Caballo de Troya, 1965. 304 págs.

Dámaso Alonso lo ha dicho: “no puede haber crítica sin una intensa capacidad expresiva: dominan en el crítico las facultades intuitivas: profunda y amplia intuición receptiva, como lector, y poderosa intuición expresiva, como transmisor”. No pudimos dejar de recordar estas palabras del maestro español después de leer la última obra de Alberto Escobar: en ella el profesor sanmarquino nuevamente revela su dominio verdadero de todas las facultades críticas: sensibilidad, capacidad expresiva y erudición.

Sabemos de los elogiosos comentarios que de otras obras del mismo autor (*La narración en el Perú* y *Antología de la poesía peruana*), se han escrito desde su publicación. Escobar es el intelectual que se ha dado por entero a su vocación indudable de crítico y catedrático. Para ello ha superado el fácil camino de la estimativa impresionista y se ha provisto, en universidades americanas y europeas, de un copioso caudal bien asimilado, de instrumental exegético. Revela en todos sus escritos una formación filológica estricta y el dominio absoluto del método de interpretación lingüística de textos de la escuela vossleriana.